



KONVERGENCIAS Filosofía y Culturas en Diálogo
ISSN 1669-9092
Año IV, N° 15 Segundo Cuatrimestre 2007

EL DESTINO COMO CATEGORÍA DE VIDA

Blanca Parfeit (Argentina)

En las horas de soledad, aquellas en las que la existencia humana toca hondo, y en que la chatura y la mediocridad intentan apoderarse de nuestro espíritu puede, tal vez, surgir desde las sombras mismas de esa tremenda vaciedad la pregunta de cada vida humana intenta responder, ¿cuál es el sentido de nuestra existencia, qué significado tienen nuestros actos? En el intento por responder esta acuciante pregunta se ofrece, entre otras, la noción de destino.

Ahora bien, el término destino encierra varios sentidos diferentes. ¿Cuáles son éstos y hasta qué punto constituyen respuestas adecuadas? En primer lugar la noción de destino puede entenderse como fatalidad, al sellar toda vida en el camino de un determinismo absoluto. Desde este particular enfoque pesan sobre el hombre los más extraños e inexplicables sucesos y él sólo puede asistir como mero espectador a los hechos que van conformando su vida sin poder buscar, ni mucho menos encontrar, el porqué de lo que lo ha abatido. El hombre sigue su vida ante la impotencia de encontrar el signo orientador o, más bien, prosigue creyendo en la necesidad que ha trazado todo. Su existencia está marcada y cualquier actitud que asuma ante ella no hará sino confirmar lo que el sino le ha señalado; una actitud rebelde será ingenua, pues el hombre nada puede ante el rigor de las leyes que lo han hecho tal como tiene que padecerse, mas tampoco la desesperanza puede abatirlo pues él es lo que el destino ha querido que sea. Su explicación no irá más allá de pensar: tenía que suceder y ha sido. No hay respuesta más allá de esto y no podemos hablar de libertad humana frente a la rígida concatenación de causas y efectos.

Un segundo sentido lo encontramos bajo el concepto de μοῖρα. Ni dioses ni hombres escapan a ella. Es la definible autora de desdichas y alegrías. Si ha sucedido es porque debía ser, es la expresión del griego primitivo. Y, dentro de la misma cultura

se marca nuestra finitud. El griego acepta la vida dura que es su lucha cotidiana pero, en su mundo lleno de dioses, busca explicar los distintos destinos, podríamos decir, y personifica finalmente el concepto dándole el marco trágico al hacer caer el acento en la noción de culpa heredada del cual Edipo es el tremendo ejemplo.

Frente a estas respuestas encontramos en el pensamiento metafísico de Simmel la noción de destino que, como categoría de la vida, conforma y colorea toda existencia.

La vida puede entenderse en sentido biológico o espiritual, pero es propiamente humana, es existencia -en términos actuales- en cuanto está imbricada en el mundo y es en esa ligazón, en esa necesaria relación donde comenzaremos nuestra búsqueda. Usando una metáfora orteguiana preguntamos por el hombre y la circunstancia, inquiriendo si podemos encontrar explicación a que un hecho, aparentemente casual, transforme nuestra vida. ¿Existen los acontecimientos casuales o, lo que llamamos "casualidad" es sólo el nombre superficial de lo que, en realidad, es destino?

Preguntar por el destino implica entonces tratar de responder, en primera instancia, a la pregunta por el hombre que, en el pensamiento simmeliano está unido a la noción de vida. Ésta, ya sea en sentido biológico o espiritual se comprende como una corriente siempre fluyente que, al trascender su propia movilidad crea formas, produce sus propios productos. Por eso la vida es, en su sentido biológico, más vida al producirse a sí misma continuamente, y, en su sentido espiritual, es-más-que-vida al producir formas que, si bien han salido de su propio seno, poseen la fijeza que les da el ser perfectamente delimitadas. El arte, la religión, las costumbres, modas, ciencias, instituciones, son formas de la vida pues representan la vida objetivada; son contenidos de la vida, expresiones de un momento e indican un esfuerzo vital de permanencia. Representan una estancia de la vida pues ésta, en su trascender, las ha hecho brotar de sí, ha ajustado un contenido a una forma. Reflejan la altura a que ha llegado la vida y adquieren individualidad por su misma concreción. Podemos objetar, sin embargo, que toda forma en sí misma es ideal y, como tal, no puede cambiar, es lo "intemporal invariable"¹ y, por ende, no puede repetirse: ¿cómo es posible, entonces, que hayan existido distintas artes, religiones, ciencias, etc.? Lo que cambia,

¹ GEORG SIMMEL, *Lebensanschauung*, München und Leipzig, DunckerHumblot, 1922, p. 16.

respondemos, no es la forma, sino el "material" que se plasma en ella. La forma ideal "filosofía" no existe antes del siglo VI A.C. pero, desde el momento en que cobra existencia, no puede darse una segunda vez como tal; aunque puedan tener lugar distintas 'filosofías' cuya individualidad y realización dependerá de los 'materiales' con que cuenta el pensador en el momento histórico. Toda forma cultural es, por ello, una muestra del acontecer trágico de la vida que se expresa diciendo que la forma es la vida de *ese momento* pero no toda la vida. Mas si bien no lo es, aspira a serlo, y en esta aspiración se desgasta luchando contra la corriente vital. La lucha se plantea entre la vida, móvil de por sí, y la forma, fija en sí.²

Del mismo modo el trascender se da en el hombre en cuanto forma de la vida. Todo hombre es un momento de la vida, pero no la vida. Ésta los va formando y, en su desarrollo se van sucediendo los deseos, las aspiraciones, las ilusiones que cambian continuamente. De ahí la inquietud, el continuo proponerse metas, la imposibilidad de aquietarse ante lo conseguido, el estímulo de todo lo nuevo. Pero no podemos decir que todo hombre tenga vida como si ésta fuera un añadido a su existir, como si de pronto la vida acaeciera en el hombre ya viviente. No son ellos los portadores de vida, sino que esa forma de existencia es su esencia.

Toda forma o todo hombre son solamente entendidos como lo relativo frente al fundamento que representa la trascendencia de la vida en cuanto es el verdadero absoluto. Más aún, tal vez podríamos entender a los hombres y a las formas en las cuales se ha encarnado y pasado la vida como seres a los que ésta ha olvidado a su paso, pero ese olvido es, para la vida, permanencia. Trascendencia y límite, vida y forma, continuidad e individualidad aparecen como conceptos contradictorios, opuestos entre sí, mas los opuestos sólo existen como tales dentro de la esfera de la lógica y ésta es sólo una de las formas y forma pensante de la vida. Es por ello imposible que pretenda aprisionarla en sus rígidos esquemas, la vida se le escabulle, trasconeja y la imposición lógica resulta estéril.³

² La forma es ambivalente pues es supra-individual (si la relacionamos con la realidad empírica) e individual (si la relacionamos con la vida en general).

³ Destacamos una de las relaciones posibles que pueden establecerse entre el pensamiento de Simmel y el de Heidegger.

Es ella una oposición lógica y no metafísica y la vida sigue, por eso, siendo trascendencia y produciendo formas. La forma como límite es la unicidad metafísica; el trascender es lo cambiante, barre todo límite, es la multiplicidad metafísica. "Donde percibimos la vida y no un corte transversal y entumecido que sólo ofrece un contenido pero no la función de la vida como tal, percibimos siempre un devenir".⁴

El hombre es, pues, forma de la vida y es la corriente vital la que inscribe al hombre en su flujo como una de sus formas de manifestarse. Mas la existencia se mueve dialécticamente entre el quehacer del mundo, su empuje arrollador, y la creencia o seguridad de que ordenamos nuestra vida según propósitos o intereses. Examinemos, pues, ahora un hecho cualquiera de la vida y tratemos de esbozar nuestra noción de destino buscando apartarlo de la pura contingencia o casualidad. Así, es sabido que para Darwin el viaje a las islas Galápagos fue un acontecimiento en su vida. Mas la circunstancia de que allí se le "ocurriera" la teoría de la evolución de las especies, hizo que su vida tomara un giro distinto. Fue necesario un viraje para que se le presentaran a sus ojos detalles anteriormente carentes de significado, cuestiones aparentemente sin importancia adquirieron, de pronto, un relieve especial, transformando el escorzo desde el cual habían sido aprehendidos todos los ejemplares observados, destacándolos bajo una luz distinta.⁵ Se dieron el hombre y "una" circunstancia determinada. Dicha circunstancia deja de ser un accidente en su existencia, no la podemos inscribir en la serie de actos contingentes de la vida, y no lo podemos hacer puesto que ese momento se convierte en *el* momento a partir del cual cambia la vida del sujeto. Es en esta relación donde se inserta la noción de destino. Esta circunstancia es destino. Pero ¿por qué?

En primer lugar porque determina *toda* la vida del sujeto. El agente es siempre la vida, ya objetiva, ya subjetivamente, que en su impulso dinámico elige, por afinidad, los elementos que configuran el destino. Es en su corriente siempre fluyente, en que elige unos y desecha otros, donde el destino se plasma. Sin embargo, no puede plasmarse a partir de cualquier suceso. Hay también en ellos un elemento dinámico, el "*quantum* de significación", el "umbral de destino", que permite que se inserten en la vida. Ahora bien, esa inserción en la vida ¿significa que la favorecen de alguna manera, que permiten que se desarrollen sus valores positivos? Los sucesos

⁴ G. SIMMEL, Rembrandt, trad. E. Estiú, Buenos Aires, Nova 1950, p. 54.

⁵ En este ejemplo nuestro creemos encontrar una muestra acabada de la noción sirmeliana.

mencionados chocan con la vida subjetiva y es la corriente interna de ella la que permite que tomen o no sentido, mas ese sentido puede o no ser favorable a los desarrollos vitales. El sentido que estos acontecimientos tomen puede ser contrario a la vida, puede tener una dirección destructora. Así puede suceder con un jugador que, hostigado por su pasión, viva solamente para ella, dirija hacia ella todas sus energías, hasta que su pasión termina por ser su vida y finalmente quede absorbido por ella desapareciendo. Tanto en el caso negativo como en el positivo se nos muestra la relación dialéctica existente entre lo objetivo de las causas y lo subjetivo de la vida personal. Es la polaridad sujeto-mundo.

En esta relación, decíamos, se inscribe la noción de destino. Pero hay que dejar bien claro que ella se refiere siempre a una *relación* y nunca al suceso aislado. Por eso es por lo que negamos a ciertos hechos de la vida su calificación de destino. No hay hechos, ya sean positivos o negativos, favorables o contrarios, jubilosos o trágicos que de por sí sean destino, sino que éste es el marco referencial en el cual los hechos se insertan. Mas esta determinación no significa que el sujeto reciba el acontecimiento en forma pasiva. Los hechos por sí mismos pueden ser -hasta cierto punto- iguales para numerosas personas, pero la manera en que repercuten en la vida determina el que sean destino o no y cómo. Un mismo hecho no importa por sí sino por la conmoción interior que produce. Aquí se nos muestra el hombre como centro de importancia. Es él el que, desde su vida, va dando significación a los hechos y por este significado adquieren su valor. Se convierten así en hechos del destino, en acontecimientos.

El hombre, sabemos, es una figura vital con características propias y por eso no podemos entenderlo como títere o juguete de la vida, no podemos pensar que el hombre sea absorbido por la vida, sino que afirmamos que es él quien conduce la vida desde su propio centro y es, por ende, responsable de sus propios actos. Por ello podemos decir que sólo mediante cierta *afinidad* con los hechos la vida elige lo que ha de ser destino para ella, pero esa afinidad sólo puede estar ajustada por el hombre. Es así como los hechos poseen, por su parte, un "umbral de significación" que le permite al hombre, de acuerdo con sus resonancias más íntimas, apropiarse de ellos y configurarlos.

Es necesario, pues, que se den los dos elementos, hombre y hecho, sujeto y mundo: eso es lo que nos permite afirmar que el destino es una categoría

exclusivamente humana. Ni en el animal ni en Dios es posible hablar de él. En el primero falta la actitud vital que dé sentido a los hechos exteriores, en su mundo de representaciones solo destella aquello que, de algún modo y de antemano, está probado por la especie, hay relación entre el animal y el mundo, pero no una relación de significación, de conmoción, de cambio vital. Y en Dios, decimos, no hay exterioridad de los hechos.

La relación dialéctica necesita, entonces, para conformarse, que desde el lado objetivo existan sucesos que se transformen en acontecimientos y, desde el punto de vista subjetivo se manifieste el umbral de sentido de nuestra propia vida que permita que se efectúe esa transmutación.

La relación de destino se produce entre los polos que representan el hombre y el mundo, el sujeto y el objeto y no todo lo que experimentamos es destino ya que él es sólo relación de acontecimiento. Ajustando nuestra expresión diremos que siempre es acontecimiento lo que importa para la vida. El paso entre lo acontecido y lo experimentado lo decide la corriente interna de la vida, al elegir aquellos que puedan insertarse en su desarrollo" ... "la dirección de la corriente interna de la vida decide de lo que haya de ser destino y de lo que no haya de serlo" ...⁶

Sólo sobre la base de esta noción de destino puede hacerse comprensible que el destino humano concuerde con la particularidad individual, es decir, que permite ver claramente cómo hay hombres que "parecen nacidos" para determinada tarea y sólo en ella puedan manifestarse plenamente.

Todos advertimos que en cada existencia particular van adquiriendo relieve determinados actos y hechos que no alcanzan la menor significación en otra. Es a esto a lo que podemos llamar el lado objetivo del destino y que aparece como dominante si hablamos de destinos distintos. Mas debemos distinguir entre destino sin más y destino individual ya que "Los distintos 'destinos' son fijados esencialmente desde fuera, es decir que el factor objetivo aparece en ellos como dominante, pero su totalidad, el 'destino' de cada hombre, es determinado por su esencia".⁷

⁶ G. SIMMEL, *Lebensanschauung*, p. 122.

⁷ G. SIMMEL, *op. cit.*, p. 123.

No aparece el hombre entregado al movimiento del mundo, siendo juguete del destino, sino que éste conjuga con la esencia particular humana. Así, si observamos la vida pasada, vemos a los hombres fijos en un destino: los comprendemos como marinos, médicos, filósofos, ingenieros, etc., y la riqueza de su vida se debe estrechar en ese concepto que la delimita, se debe angostar en su destino; no podemos abstraerlo de esa categoría. El destino "dibuja" la vida y nos da el marco adecuado para la comprensión de los actos humanos. Es la categoría a la luz de la cual toda la vida se ilumina. Deja muchos sucesos en la oscuridad desdibujada de lo irremediamente pasado, de lo sin importancia, de lo irrelevante. Mas también permite la comprensión del conjunto; es el dador de sentido vital. Mas si el destino no se ha cumplido todavía, si el hombre está viviendo su vida, los conceptos paralizantes se esfuman y el hombre se muestra como lo siempre cambiante. Nuestra existencia se nos da como un punto progresivo donde sólo el presente es realidad, pues todo pasado es sólo recuerdo y el futuro una fantasía. El destino nos muestra la exasperante tensión en que vive el hombre, es la "apriórica facultad de formación de la vida individual".

Existe un pensamiento tenaz que durante el transcurso de nuestra vida se nos aparece constantemente; es el preguntarnos ¿es contingente o no nuestra vida? Este preguntar nos produce un sentimiento inquietante, sentimiento que responde al hecho de que no todo lo que nos sucede lo comprendemos, más aún, de que gran cantidad de sucesos o experiencias van quedando al margen de nuestro vivir, no son aceptados por la corriente de la vida, y, en fin, no significan nada para la totalidad coherente de la existencia. Este sentimiento angustiante es el resultado de la colisión que se produce entre lo necesario y lo contingente de la vida.

Tal vez en nuestra vida empírica los acontecimientos no renuncien al orden causal ya que siempre (o al menos en la generalidad de los casos), podemos explicar el porqué de un suceso, buscamos la razón y ello hace que lo contingente se nos aparezca, a la luz de sus "causas", como necesario.

Ese sentimiento aparece superado en el arte, pues en la tragedia no existe colisión alguna entre los dos aspectos; lo contingente y lo necesario no se dan separados o, mejor dicho, todo es ahí necesario. En el gran héroe trágico lo necesario es su fundamento, sentimos cómo se van desarrollando los hechos con forzosidad

ineluctable, en eso reside la tragedia de su propia vida. Su destino expresa su propia esencia.

Esta relación tan estrecha no la encontramos nunca en nuestra vida, quizá porque ella no tiene una línea única hasta que ha finalizado, porque nos es imposible calibrar hasta el último detalle los hechos que nos acontecen, porque el movimiento vital es siempre arrollador e impide que seamos, al mismo tiempo, los que vivimos y los que nos contemplemos vivir.

Si cotejamos vida y destino se nos aparecerán, entonces, en dos sentidos distintos: desde la vida finalizada podemos observar los hechos y comprender realmente por qué han sucedido, por qué se ha elegido determinado camino en el cual se ha realzado o destruido la propia personalidad, vemos claramente el valor de los acontecimientos, podemos, en fin, juzgar sobre esa vida y ese juicio se expresa como destino. Pero también podemos ver la vida 'prospectivamente', es decir, no contemplar el proceso ya aquietado y realizado, sino observar la vida en sus distintos momentos, en cuanto éstos se van realizando: cuando sentimos su fuerza empujando nuestro vivir, cuando creemos firmemente que podemos dominarlos, el destino se torna fuerza y decisión personales. Vamos haciendo el destino, somos sus forjadores y también, en consecuencia, somos los hacedores de nuestra vida. Mas, en ambos casos,..."la maduración de su destino como expresión de vida es en sí misma la maduración de su muerte".⁸

⁸ G. SIMMEL, *op. cit.*, p. 100.